

Historia de la Medicina en Hispanoamérica. Desde su primer ciclo de conferencias en la Facultad de Medicina de Buenos Aires sobre «Historia de la historia clínica» en 1948, hasta la lección magistral «España, América y la Medicina», en la sesión inaugural de las Primeras Jornadas Hispano-Andinas de Historia de la Medicina, en Quito en 1984, aún inédita, la voz de Laín ha resonado muchas veces en las tribunas científicas hispanoamericanas, como viene sonando en los Cursos de Verano de Cádiz para hablarnos cada año de América y España.

Hemos dicho que otro aspecto de Laín hispanoamericanista podríamos denominarlo *Laín, español ante América*.

«Sin haber visitado Hispanoamérica, ningún español puede saber plenamente en qué consiste el hecho histórico de serlo» ha escrito Laín después de su personal descubrimiento de México.²² Pero ya en *Escorial* había lanzado un precoz *Aviso fraterno a los jóvenes americanos*. Fue en 1948 cuando tuvo lugar la primera aproximación física de Laín a Hispanoamérica: Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima, al margen del cursillo sobre «Historia de la historia clínica», ya citado, escucharon el magisterio español de Laín a través de otro ciclo promovido por la Asociación Cultural Española, y que versó sobre cinco puntos: «Origen y planteamiento del problema de España», «Menéndez Pelayo», «La generación del 98», «La europeización como problema» y «Los nietos del 98 y el problema de España», que fueron la almendra del posterior libro *España como problema*. Aquel viaje dio también oportunidad a Laín de escribir el libro *Viaje a Sudamérica*, editado por el Instituto de Cultura Hispánica en 1949 y cuyo estudio fue el núcleo del artículo de Lago Carballo en estos mismos *Cuadernos Hispanoamericanos* sobre «El tema de América en la obra de Pedro Laín Entralgo»²³ en 1956, por lo que no insistiré sobre él. Sí debo hacer una mención expresa al nombrar los *Cuadernos Hispanoamericanos* de la labor de Laín en su dirección en sus orígenes.

El español Laín Entralgo ante la realidad de Hispanoamérica nos muestra su concepto de la Hispanidad, más que como el viaje de ida que se conmemora cada doce de octubre, como un «viaje de retorno», porque la Hispanidad, en su entender, no es una realidad estática y conclusa, sino creadora, renovadora. Por ello le puede decir a «César E. Pico, euroamericano»: ²⁴ «América empezó siendo, como todo lo que en la Historia Universal ha valido la pena, una utopía...». Luego América ha sido: «Espacio de aventura, de misión, de lucro, de libertad, de intelectual curiosidad; todo esto ha sido América para los europeos. Pero apenas traspuesto el siglo XVI, sobre el espacio telúrico ya menudea el rumor urbano. El aventurero y el buscavidas quedan allí y allí fundan estirpe; ya el misionero es indígena. Quiere esto decir que el americano va sabiendo salvarse, hablar y regirse por sí mismo: Lacunza enseña en Chile, Sor Juana Inés de la Cruz gongoriza en Méjico su compleja y sutil intimidad, suena en los claustros de Lima la cadencia del silogismo. La tierra de América ha entrado en la Historia Universal. La historia remota y diversa de Moctezumas, Atahualpas y Caupolicanes es total y definiti-

²² Laín Entralgo, Pedro: Descargo de conciencia (1930-1960). Ed. Barral. Barcelona, 1976; p. 374.

²³ Lago Carballo, Antonio: El tema de América en la obra de Pedro Laín Entralgo. «Cuadernos Hispanoamericanos», 82 (1956), 5-17.

²⁴ Laín Entralgo, Pedro: «Idea de América» en Obras. Ed. Plenitud. Madrid, 1965; p. 1.162.

vamente absorbida por la universal historia indoeuropea y cristiana; los indios iletrados empiezan por decir “Castilan, Castilan” —testigo, Bernal Díaz del Castillo— y acaban por sentirse descendientes espirituales de Homero, Prudencio y Tomás de Aquino, como los pupilos de Salamanca y Bolonia».

Por eso, ahora, enfrentado ante el tema cultural, puede decirle al mejicano Carlos Prieto, en *Meditación de Teotihuacán*:²⁵ «Al pie de la pirámide del Sol, la voz de un poeta rubio dice en limpio castellano: “España no nos trajo la cultura; nos trajo tan sólo una cultura”. Es verdad». Laín recuerda que España llevó a América, aparte del caballo y la rueda, sangre, religión, lengua y costumbre. «España implantó en América la permanente posibilidad de ser hombre que en su esencia es Europa. Esto es: la egregia y comunicable posibilidad histórica engendrada por la fusión del legado helénico, el cristianismo y la germanidad.» *Europeos* se dice, por primera vez, a los que combaten a los árabes en Poitiers en el 732... «A la vez que se va haciendo a sí misma —dice Laín— Europa descubre el mundo y, por vía educativa o colonial, lo europeiza... América entera va a ser una prolongación de Europa. Surge así una realidad histórica nueva, a la cual podríamos llamar Euroamérica si no hubiésemos comenzado a llamarla “Occidente”. Benjamín Franklin, Walt Whitman, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Rubén Darío y Diego Rivera son tan “occidentales” —tan europeo-americanos— como Hegel, Goya, Pasteur, Darwin, Dostoievski y Marx» (...) «Con sus deficiencias y sus torpezas, tanto como con sus singularidades y sus excelencias, España supo implantar en América la posibilidad europea y occidental que acabo de describir» (...) «la verdad es que la ambición genéricamente “humana” de los que han concebido y edificado el Museo de Antropología del Parque de Chapultepec no hubiera sido posible sin la condición radicalmente europea de los españoles que convirtieron Tenochtitlan en México, y sin la humana posibilidad que para todos los mexicanos —blancos, mestizos o indios—, ellos hicieron vigente y prometedora entre California y el Yucatán. España no llevó a México *la* cultura; llevó tan sólo *una* cultura. Es cierto. Pero esa cultura que llevó España iba a hacer posible que los mexicanos cultivasen un día en términos de cultura universal el legado de las culturas prehispánicas. En definitiva, que su pensamiento y su sentimiento acerca de sí mismos fuesen lo que hoy son.»

Esta es mi visión del español Laín ante América.

Finalmente, una leve aproximación a un campo que Laín ha cultivado excelsamente y por ello plumas mejor cortadas que la mía pondrán de relieve sin duda en este Homenaje: *Laín y el idioma común*.

Sólo, por tanto, tres testimonios de los muchos que se podrían citar, de la valoración de la lengua en el hispanoamericanismo lainiano: Un pintoresco suceso dialéctico en el panameño aeropuerto de Tocumen²⁶ con un chófer de color, Felipe, da pie a Laín para pensar que a través de la dialéctica, en este caso de la pedagogía dialéctica, se puede aportar un granito de arena para «una amistosamente humana mitigación del problema, innegable problema psicológico, de la convivencia armoniosa entre las razas».

Posteriormente, en agradecimiento a la distinción de Miembro Honorario recibida

²⁵ *Laín Entralgo, Pedro: Una y diversa España. EDHASA. Barcelona, 1968: p. 201.*

²⁶ *Ibidem. p. 256.*

de la Academia Chilena de la Lengua, y recordando aquel estrambótico poemilla unamuniano, realizado con topónimos:

Avila, Málaga, Cáceres...

Se inventa este otro:

Apoquindo, Panimávida,
Curicó, Chuquicamata,
Antofagasta, Coquimbo,
Aisén, Chiloé, Rancagua,
Chillán, Copiapó, Quillota,
Temuco, Lolleo, Talca,
Curacaví, Chacabuco,
Maule, Mapocho, Aconcagua.

«No digo Santiago, ni Concepción, ni Valparaíso, ni La Serena, ni Valdivia. Viniendo de la tierra de que vengo, siendo de la tierra de que soy, decir esos nombres podría parecer un acto de narcisismo. No: Curicó, Iquique, Arica, Maipú... Lo que los hombres de mi tierra encontraron al venir a la vuestra. Vuestro "tuétano intraducible". Aquello por lo cual esos nombres, unidos a los que llevan Santiago, Valparaíso y Concepción, son prenda de una verdadera hermandad.»

Pero en donde veo en Laín una mayor profundidad en la defensa de los valores del idioma común es en el discurso del Día de la Hispanidad, celebrado en 1955 en Barcelona, y que titula precisamente *Lengua y ser de la Hispanidad*²⁷ porque «una lengua es, ante todo, un hálito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla».

«Tras la emancipación —recuerda Laín— los pueblos de Hispanoamérica sintieron el urgente, el bien explicado deseo de afirmar su propia personalidad.» «No faltaron esfuerzos individuales para extender al lenguaje esa recia voluntad de autoafirmación. Con su vehemencia romántica, con su ansia febril "de hacerlo todo de nuevo y todo sin España" —de Luis Alberto Sánchez es la frase—, Sarmiento proyecta una ortografía adecuada a la fonética suramericana, apela con frecuencia al neologismo galicista y en el fondo de sus recuerdos de niño campesino busca los giros y vocablos que mejor declaren la oriundez andina y pampeña; González Prada, por su parte, lanza en el Perú su grito contra la tradición léxica y gramatical:

Muera el lenguaje vetusto del clásico
Guerra al inútil purismo académico.

»Pero el argentino Sarmiento y el peruano González Prada, y el ecuatoriano Juan Montalvo, y el cubano José Martí —menos rebeldes contra España de lo que ellos mismos pensaron— ¿qué hicieron, a la postre, sino enriquecer, agilizar y vigorizar con savia nueva el cuerpo insenescible del idioma común?»

Así se expresaba Laín aquel Día de la Hispanidad de 1955. Y esto me trae a la memoria el discurso de otro académico de la Lengua don José María Pemán, en su ingreso:

²⁷ Laín Entralgo, Pedro: «Lengua y ser de la Hispanidad» en Obras, op. cit., pp. 1.169 y ss.

de numerario de la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz el 31 de julio de 1921. En «Algunas consideraciones sobre la poesía hispanoamericana» denunciaba el falso «americanismo poético» del nuevo lenguaje «neo-español», como le había bautizado Remy de Gourmont, y que «no está producido —decía Pemán— más que por el servilismo francés, por el imperio del galicismo y del neologismo, por el odio a la tradición española, que es la de casa, y por el préstamo pedido al vecino de enfrente.»

Exactamente el mismo servilismo francés que hace a muchos españoles, históricamente extraviados, hablar de Latinoamérica, secundando a Napoleón III...

Y finalizaba Pemán: «He terminado el plan que me propuse. En él he podido demostrar, en resumen, lo siguiente: que el modernismo afectado y antiespañol no es la verdadera poesía americana, sino enfermedad pasajera de ella, como lo ha sido de las literaturas europeas, y que existe, en cambio, una verdadera poesía tradicional americana, *nacida del injerto de la savia joven y fecunda de aquel Nuevo Mundo, en el añoso tronco de la tradición de la raza*» (el subrayado es mío).

El simple cambio de una palabra, raza, haría actual, de 1986, lo escrito hace más de medio siglo, porque raza es término de escaso uso hoy día y receloso, pero era moneda corriente en aquellos tiempos desde que el Día de la Raza fue proclamado por don Alfonso XIII en 1912, el año del Centenario de las Cortes liberales. Desde 1922 se llama Fiesta de la Hispanidad, y en la de 1955 Laín sintetizó «los ingredientes constitutivos de la cultura hispánica: la lengua, nuestra común idea del hombre y el hábito de sentir y pensar...».

Veinte años después, de vuelta de tantas cosas, Laín frente el mar de Cádiz escribía:²⁸ «Estoy ahora ante el ancho mar Atlántico. Como si fuese marco de un cuadro, dos franjas azules delimitan el de mi balcón. El azul de una, la del aire, es blanquecino y uniforme; sólo de cuando en cuando le altera, apenas visible, el vuelo ondulante de una gaviota. El azul de la otra, la del agua, es oscuro, verdoso, y en su zona más próxima a mí queda como pautado por la movible cresta espumosa de unas olas blandas, suaves, corteses...».

Son, sin duda, esas olas que vienen enverdecidas por el reflejo de las palmeras caribeñas, y han de ser amablemente corteses porque vienen a besar los pies del Monumento a las Cortes de la Libertad. En Cádiz, Laín, como cualquier español ha de pensar en América.

Antonio Orozco Acuaviva

²⁸ Idem: Descargo de conciencia (1930-1960), op. cit., p. 510.